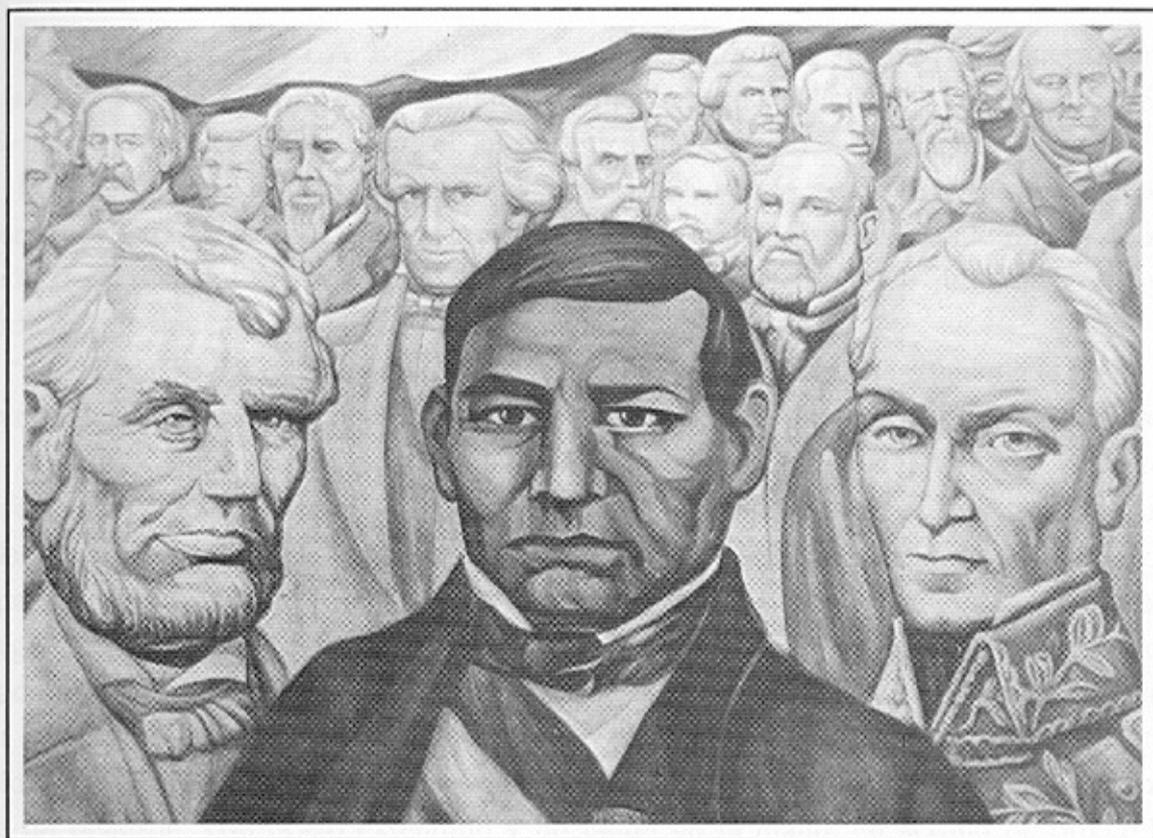


## EL REGRESO A LA CIUDAD DE MEXICO



JUÁREZ ENTRE ABRAHAM LINCOLN Y SIMÓN BOLÍVAR.  
MURALES DEL PALACIO DE GOBIERNO. CHIHUAHUA.

## CAPÍTULO XIX

### EL REGRESO A LA CIUDAD DE MÉXICO

EL PRESIDENTE DE LA República y sus Secretarios de Estado permanecieron dos días alojados en el Castillo de Chapultepec, mientras que el jefe del *Cuerpo de Ejército de Oriente*, general Porfirio Díaz, el jefe político de la capital, licenciado Juan José Baz, y el Presidente del Ayuntamiento, licenciado José María Lafragua, completaban los preparativos para la recepción, de acuerdo con las comisiones previamente nombradas. La entrada del Presidente a la Ciudad de México tuvo lugar el 15 de julio de 1867 y un periódico de la época la describió en la forma siguiente:

“*La recepción del C. Presidente.* La ciudad se engalanó, como se engalana la novia para recibir al deseado esposo: colgaduras, gallardetes, coronas, flores por todas partes y sobre todo alegría y contento en los semblantes, eran el preludio del entusiasmo que se manifestó luego. Desde las seis de la mañana comenzó la gente a ocupar toda la carrera señalada para el paso del Presidente; eran las ocho y media y sólo se veía una masa compacta desde la plaza principal hasta la glorieta de la estatua ecuestre. Los ciudadanos encargados del adorno desempeñaron su comisión en jardín mágico y habría sido un verdadero reinado de los jardines de Armida, si la lluvia de la tarde no hubiera venido a hacer inútiles los esfuerzos de personas de tan buen gusto. En el centro, sobre el antiguo zócalo de la Columna de la Independencia, se colocó la estatua de la Victoria, sentada sobre un pedestal, con brazo extendido y un laurel en la mano, en actitud de ofrecerlo al Presidente; esta estatua vale sólo por la intención que es noble y grandiosa. En el frente del Palacio Nacional había colocados trofeos de guerra, grandes mástiles con gallardetes a la manera de los venecianos y una especie de grandes pebeteros de forma egipcia, en los que se quemaron perfumes a la hora de la llegada del Presidente.

“Las calles todas, desde la de Plateros hasta la del Paseo, estaban adornadas con los mismos mástiles de forma veneciana, con lazos formados de laurel, flores y globos de colores. A la entrada de Plateros había un grande arco de triunfo, en cuyo frente se leía esta sencilla inscripción: «El Pueblo a Juárez». En la plazuela de Guardiola había otro arco sencillo y otro a la entrada del Paseo, en donde se había colocado el Altar de la patria. Aunque se había anunciado que el Presidente estaría a las ocho de la mañana en las puertas, hizo advertencia temprano de que dilataría una hora más. A las ocho se pusieron en marcha hacia la garita de Belem el general Díaz con su Estado Mayor, el jefe político y los miembros de la Junta Municipal, estos últimos en carruajes abiertos. Una multitud inmensa del pueblo les siguió inundando la garita y la calzada de Chapultepec.

“Poco después de las nueve se observó un gran movimiento. Era que se aproximaba el Presidente. Venía precedido de una escolta de caballería y en una calesa abierta, en la que lo acompañaban su tres ministros. Se detuvo en la puerta de la garita, en donde esperaba el general en jefe con sus ayudantes y los funcionarios del Gobierno local y de la municipalidad. Todos éstos y el pueblo rodearon el carruaje y el Presidente se apeó. Los que tenían ansia de volverle a ver, pudieron observar que las pruebas de estos últimos cuatro años han dejado alguna huella en su robusta constitución. En su cabeza hay algunas canas y algunas arrugas en su frente, que parecen el vestigio de grandes meditaciones sobre las crisis por donde él y la patria han pasado. Los ministros Lerdo de Tejada e Iglesias, por el contrario, han robustecido en la vida del peregrino, su constitución antes debilitada por la vida sedentaria. El Ministro de la Guerra viene convaleciente apenas de una grave enfermedad.

“Después de apearse el Presidente, tomó la palabra el jefe político y le dirigió la arenga siguiente: «C. Presidente: El Ayuntamiento de México, en representación del pueblo, os abre las puertas de la capital, tributándoos el honor debido... Este no es el homenaje que un hombre servil y depravado, hincando la rodilla presta al déspota insolente que lo oprime, sino el tributo que el hombre libre, henchido de orgullo y de alegría, rinde a su libertador... Tomad, pues, posesión de la capital asiento del Gobierno y mostrad tanta sabiduría en vuestra administración, como energía y valor en la pasada lucha, para que el pueblo que ha visto en vos al salvador de su independencia, os aclame igualmente como el destructor de la anarquía y el guardián de las libertades públicas.»

“Volvieron todos a tomar los carruajes y entre un gentío inmenso que no cesaba de vitorear al Presidente y a sus ministros como salvadores de la patria se dirigieron a la tribuna de recepción levantada junto a la estatua de Carlos IV. La doble gradería preparada dentro de aquel recinto, en cuyo centro se puso el dosel para el Gobierno, estaba llena de una concurrencia lucida de ambos sexos. La comitiva bajó de los carruajes junto a la estatua y se dirigió a la tribuna. Costó gran trabajo llegar a ella por las oleadas de la multitud que se agolpaba al paso del Presidente, deseando verle de cerca y abrazarle. Partían de todas partes aclamaciones entusiastas y estrepitosas, unidas a los sonidos de las bandas militares.

“Sentado el Presidente bajo el dosel, subió a una tribuna el Presidente de la Comisión Municipal y dijo con voz enérgica y solemne el siguiente discurso: «C. Presidente: La capital de la República os saluda entusiasmada y llena de admiración y de respeto. Estos son los sentimientos que necesariamente inspira la heroica abnegación con que, en medio de los desiertos y a pesar de las duras penalidades de una terrible lucha, habéis defendido sin tregua, por espacio de cuatro años, la honra y la independencia de México.

«Al ser ocupada esta capital por el ejército francés, que más tarde erigió un trono aplaudido por las malas pasiones de unos cuantos y por el error de algunos más; animado

del fuego sacrosanto de la patria, empuñásteis el pabellón tricolor y lo llevásteis de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta los confines más lejanos de la República, a fin de conservar ileso el depósito sagrado que os confió la nación al conferiros su Primera Magistratura. Regueros de sangre y huellas de exterminio marcaron siempre el paso de la intervención extranjera que, fingiendo respeto a nuestras leyes, conculcaba nuestros derechos, y brindándonos con una libertad mentida, nos sujetaba a la salvaje ferocidad de sus cortes marciales, encubierta con un simulacro de gobierno, que sólo fue instrumento de la torpe ambición de Napoleón III.

«En medio de tantos desastres y cuando toda esperanza parecía perdida, firme en vuestra muy noble resolución de salvar a la República, sufrísteis todo género de males y afrontásteis todo género de peligros, hasta consumir la grandiosa obra de restaurar la libertad nacional, en la que fuísteis secundado eficazmente por los dos esclarecidos ciudadanos que, durante la lucha, os han acompañado como ministros y por los beneméritos y esforzados patriotas que han servido de caudillos al valiente y sufrido Ejército Republicano.

«Os debemos ya el ser libres; ahora falta que nos hagáis felices para que coronéis dignamente vuestra empresa. Mas para alcanzar tan noble fin, preciso será que la paz conquistada sea durable; que los ánimos sobresaltados se tranquilicen; que renazcan la confianza y la seguridad perdidas y que haya una verdadera reconciliación entre los mexicanos, deponiendo, en aras de la patria, los odios de partido, para que nadie conspire en adelante sino a la prosperidad de la República. Si tal conseguís, C. Presidente, vuestro nombre será no sólo inmortal, sino por siempre bendecido de vuestros compatriotas.

«Recibid benévolo esta sincera expresión de la gratitud pública y justamente enorgullecido por la conciencia de vuestros altos hechos, esperad tranquilo el fallo de la posteridad que, recta siempre, os colocará en el eminente puesto que tiene reservado a los salvadores de las naciones. Dije.»

“Sus últimas palabras fueron cubiertas con una explosión de aplausos y fue difícil restablecer algo de silencio para oír al Presidente que, puesto de pie y con la voz que no se había vuelto a oír desde que cerró las sesiones del Congreso el 31 de mayo de 1863 y que ahora vibraba trémula de emoción, pronunció estas palabras: ‘Las felicitaciones que me dirige la Ciudad de México conmueven profundamente mi gratitud y los elogios con que ensalza mi conducta no me envanecen, porque tengo la conciencia de no haber hecho más que llenado los deberes de cualquier ciudadano que hubiere estado en mi puesto al tiempo de ser agredida la nación por un ejército extranjero. Cumplía mi deber resistir sin descanso hasta salvar las instituciones y la independencia que el pueblo mexicano había confiado a mi custodia. Hoy, de vuelta a la capital, tengo el placer de anunciarle que ni la Constitución ni la independencia nacional han sufrido menoscabo, a pesar de haber sido terriblemente conculcadas. No llego a México como un conquistador; le traigo, no el

temor de los vencidos, sino la libertad y la paz que deseo comiencen a gozar desde hoy todos los habitantes del país, sin distinción alguna, y espero que este deseo será cumplido con el concurso de la nación, a la cual se debe el triunfo que hoy celebramos.»

“Estas palabras electrizaron al pueblo y hubo dificultad para mantener el silencio y el orden. Un grupo de doce niñas vestidas de blanco, con adornos tricolores, se acercó entonces al Presidente, llevando la corona que hemos descrito ya, en una magnífica caja de madera preciosa, con la forma de un gorro frigio. Una de las niñas colocó la corona en la cabeza del Presidente, mientras un niño (hijo del jefe político Baz) leía los versos siguientes:

*Al Benemérito Benito Juárez*

Ilustre padre de la patria mía,  
tú, de todos sus hijos el más bueno,  
el que más apurara la agonía  
de ver su pabellón lleno de cieno.  
Tú, modelo de honor y de hidalguía,  
que lleno de virtud y de fe lleno  
supiste así vencer con la constancia  
la aspiración innoble de la Francia.  
Hoy que la patria te saluda ufana  
y que tu gloria por doquier pregona;  
hoy que en mil ecos la nación indiana  
himnos de amor a tu virtud entona.  
Por mi mano tus sienes engalana  
y a su nombre te ciño esta corona;  
ella es de tu virtud el premio solo,  
la cual se canta ya de polo a polo.  
Acéptala, señor, enternecido,  
tus amigos del alma te la ofrecen,  
tus amigos sinceros, que hoy henchidos,  
de placer y entusiasmo se estremecen  
al ver que entre héroes mil esclarecidos  
tus glorias inmortales resplandecen;  
por eso te la ofrecen este día  
y con ellos, señor, la madre mía.  
Y que jamás, jamás de tu memoria  
este día, el más grande de la historia,  
puedan borrar el tiempo y la distancia  
y de vergüenza más para la Francia.  
Y para conquistar completa gloria,  
jamás olvides a la tierna infancia;  
protégela cual padre dulce y bueno  
y de mil bendiciones serás lleno.

“La comitiva bajó de la tribuna y se dirigió al Altar de la patria, colocado a cierta distancia, para depositar en él coronas cívicas. Volvió la comitiva oficial a tomar los carruajes y comenzó el movimiento hasta la plaza, que fue a cada paso interrumpido por obsequios hechos al señor Presidente, que salían a presentarlos niñas vestidas de blanco.

“En la mitad de la plaza se detuvo la comitiva, frente a la estatua de *La Victoria*, erigida en el centro. La victoria que en 1863 nos volvía la espalda, hoy estaba en actitud de recibir al jefe de la nación ofreciéndole una corona. Todos descendieron de los carruajes y se dirigieron al pie de la estatua, engalanando su pedestal con coronas de laurel y con flores. De allí se encaminaron a pie al Palacio. No se quiso cerrar el paso al pueblo e inundó los patios, los corredores y los salones, tomando posesión así de la mansión de los Poderes Supremos, secuestrado por la usurpación. Esta irrupción del pueblo, aunque de un carácter popular, quitó todo orden al acto de las felicitaciones. El Presidente estuvo sitiado en un círculo estrechísimo, dentro del cual apenas pudo oírse las voz de las autoridades y de las comisiones de los Estados, que dirigieron al Presidente las siguientes felicitaciones: «La Ciudad de México felicita más bien a la nación que a vos, de vuestra llegada a esta capital. Este día, que llena de placer a los habitantes de México, será memorable en la historia, porque vuestra entrada significa el triunfo definitivo de la República sobre la monarquía, de la libertad sobre el despotismo, de la independencia sobre el dominio extranjero. Seáis, pues, bienvenido en unión de vuestros compañeros de trabajo, que a vuestro ejemplo han mostrado en los días tristes de la patria, energía y valor en la desgracia y fe en el porvenir. Seáis bienvenido entre nosotros, no para descansar de nuestras fatigas, sino para coronar vuestra obra. Grandes cosas habéis hecho, pero empresa más grande os espera: la de reconstruir esta sociedad, la de reorganizar todos los ramos de la administración pública, la de lograr que rija de hecho la Constitución y, por último, la de poner un bálsamo a las heridas de la patria, consolar fracciones del pueblo mexicano que forman una nación grande y poderosa. México, que conocía vuestra fe en el porvenir, vuestro valor y vuestra indomable energía, esperó siempre que triunfaríais del extranjero y afianzaríais la independencia y México, que conoce vuestra sabiduría y amor al orden y a la libertad, confía ciegamente en que enfrentaréis la anarquía y haréis a la nación libre y poderosa.»

«C. Presidente: El Estado de Querétaro y su digno Gobernador se han servido nombrarnos sus representantes para felicitar a V. E. y a sus activos colaboradores por la heroica constancia y la noble entereza con que han sabido luchar sin descanso por el triunfo de la República. El Estado que representamos, que ha tenido la gloria de sembrar en 1810 el germen fecundo de nuestra independencia y que ha sido el sepulcro del Imperio en 1867, no podía menos que ser de los primeros en tomar una parte activa en el regocijo nacional por la nueva era que hoy se inaugura. Todos esperamos confiados en que desplegaréis en medio de la calma, el tino y la firmeza necesarios para conducir la nave del Estado por un

rumbo seguro, como habéis sabido conducirla en medio de la borrasca. Una paz duradera es lo que nuestra patria necesita para ser feliz y nosotros confiamos en el buen juicio que removerá todos los obstáculos que se opongan a fin de conseguirlo.»

«C. Presidente. Nombrados por el Gobierno y la Comandancia Militar del Segundo Distrito del Estado de México para felicitar a usted cordialmente, en nombre de sus autoridades y habitantes, por el glorioso y completo triunfo que ha alcanzado nuestra patria contra la intervención y el Imperio, a la vez que por su feliz arribo a la capital de la República, nos es grato cumplir con esta honrosa comisión, manifestando, para satisfacción del Gobierno, que sus habitantes jamás dejaron las armas para sostener la sagrada causa de la independencia y que, no obstante su proximidad a esta ciudad, no pudieron ser del todo sometidos, adquiriendo siempre grandes ventajas en los continuos y sangrientos combates que las fuerzas traidoras y sus aliados les presentaban, por cuyos motivos fueron de los primeros que reconquistaron su territorio, llevando hasta el sitio de Querétaro y al de esta capital sus numerosos cuanto valientes soldados. Todo esto es obra del más puro patriotismo, explotado con acierto, sin duda, por la organización que dio a aquellas localidades el supremo decreto de 7 de junio de 1862, puesto que les dejó expeditos sus propios elementos para contribuir a tan grandiosa obra.

«Las providencias que el Supremo Gobierno dictara para reivindicar la independencia y autonomía de la República, amenazada de muerte por la injusta guerra hecha por la Francia, por el príncipe usurpador y los ilusos mexicanos que soñaron en la erección de un trono en la patria de Hidalgo, han sido acertadas y producido el efecto que deseáramos, causas por las que, no sólo la nación, sino el mundo todo, tributa a usted y a su digno ministerio los honores que les son debidos y cuando después de cuatro años de una lid sin tregua, le vemos entre nosotros colocar el hermoso pendón nacional sobre el Palacio de Moctezuma, libre ya de los enemigos exteriores y de la feroz traición, no podemos menos de bendecir a la Providencia que se dignó concedernos tan deseado como inestimable favor. ¡Loor eterno al Gobierno de la República y a su denodado y sufrido ejército que ha sabido pelear con heroísmo y guardar el orden en medio de la victoria. México, julio 15 de 1867. Cayetano Pérez Gómez. José Luis Revilla. Antonino Tagle.»

«C. Presidente: El Estado de Puebla se honra en presentarse al Supremo Gobierno Nacional, para felicitarlo por su restablecimiento en la capital de la República. Cuatro años ha que salísteis de esta ciudad por no ser posible resistir la fuerza del ejército francés que venía a invadirla, después de haber ocupado la invicta ciudad de Zaragoza. La resolución tomada entonces por el Gobierno fue prudente y grave. Destruído el *Cuerpo de Ejército de Oriente*, los cuerpos de que podía disponer en la capital no eran suficientes para resistir el empuje de cuarenta mil franceses aguerridos, que traían consigo pertrechos y recursos abundantes y el apoyo de los traidores. Nuestro reducido ejército habría cumplido defendiendo la residencia de los Supremos Poderes, con el heroico valor con

que defendió a Puebla el 5 de mayo de 1862, con que resistió después el sitio de la misma por espacio de dos meses, hasta concluir rompiendo las armas contra los muros, cuando habían consumido las municiones de boca y de guerra, habiendo quedado el campo como en Churubusco el año de cuarenta y siete, cubierto de cadáveres, pero vencida al fin su resistencia por el mayor número; los Supremos Poderes se hubieran expuesto a ser capturados y entonces, desarmado el pueblo, sin la dirección del Gobierno y entregado a su propio esfuerzo, difícilmente hubiera salvado su independencia. Grave fue la resolución; pero imponente y digna. Salísteis de la capital después de haber dictado las providencias que requería el buen orden, alta la frente y el ánimo, resuelto a resistir hasta el último extremo, empuñando la bandera nacional y estrechando contra el pecho el sagrado depósito de los derechos del pueblo mexicano seguido de los patriotas más esforzados y convocando a todos los mexicanos para la defensa nacional.

«Tal fue el principio de vuestra misión, modesto ciudadano. La Representación Nacional entregó a vuestro cuidado los intereses todos de la nación, su honra y su porvenir, y dándoos al mismo tiempo la suma de facultades que pudiérais necesitar, se retiró confiada en vuestra lealtad y patriotismo, invitando a los mexicanos para que os siguiesen como su caudillo y con la confianza que inspiran estos patriotas mexicanos, dijo en su manifiesto de 9 de mayo de 1863: 'Tened justo orgullo de la gloria que en Acultzingo y en Puebla han conquistado nuestros Hermanos para la República. Imitad su heroica conducta todas las veces que sea necesario. El principio feliz de esta campaña es digno de la causa de la Independencia de México; pero todavía podrá tener que arrostrar graves peligros, en los que necesita el esfuerzo de todos sus hijos. Unios alrededor de la causa de la nación. Con plena confianza en él, la Representación Nacional lo ha investido de todo el poder necesario para que pueda salvar a la República.

«Patente está el encargo que la nación os confiara; su magnitud supera toda consideración y sólo ella puede darnos la medida exacta de vuestros servicios. Y bien, ¿cómo habéis desempeñado vuestro encargo? Como el mandatario más diligente. ¿Cómo defendísteis los derechos de los mexicanos? Como defendiérais a vuestros hijos, sí, que puestos en el regazo de la madre, fuesen acometidos por las fieras. Sin medir el tamaño del peligro ni las dificultades de una lucha desigual, fija nomás la vista en el porvenir de un pueblo y en el cumplimiento de un deber.

«Decid si no, conciudadano, ¿qué mayor esmero y diligencia hubiere puesto cada uno de vosotros para sostener la causa nacional? ¿Qué hubiéseis deseado hacer, que no hayan hecho el Presidente de la República y sus ministros? ¡Nada! Entonces declaramos que ha merecido bien de la patria, prestándonos vuestra cooperación para presentar dignamente el voto de gracias del Estado de Puebla.

«El elogio que merece el Supremo Gobierno por los eminentes servicios prestados a la nación, para ser completos, nos precisaría seguir todos sus pasos. Sólo analizando cada

uno de sus actos pudiéramos estimar su grande mérito; las formalidades de la solemnidad oficial impide que lo hagamos. Fresca está, sin embargo, la memoria de los cuatro años de la peregrinación y un recuerdo solo suplirá su reseña, poniendo a nuestra vista de un golpe todas las dificultades que ha tenido que superar, los grandes peligros que ha salvado, sus padecimientos, el tino, la prudencia y el acierto con que se ha conducido.

“Estimémoslos siquiera por los resultados, como el propietario aprecia y califica los servicios de un administrador por las cuentas que produce y las existencias que presenta. La independencia e integridad de la nación, sus instituciones y derechos, su honor y porvenir, todo se ha salvado. Nos encontramos en el Palacio de los Supremos Poderes, bajo la sombra de la bandera nacional, en plena seguridad. Los enemigos de la República han depuesto las armas, sus principales caudillos han sucumbido víctimas de su crimen o se han ido al extranjero para salvarse de la justicia nacional, otros se encuentran humillados en las prisiones, o bien libres; pero confundidos con la magnitud de sus aberraciones y todos librando su suerte a la generosidad del Partido Liberal y a la magnanimidad del Gobierno.

“El ejército francés ha tenido que retirarse plegando su bandera, después de haber marchitado sus laureles en el campo de batalla y cambiado su fama de caballeroso y cumplido, por los epítetos de desleal e indigno de crédito, porque faltó a la fe de sus promesas.

“La nación se ha rehabilitado desmintiendo con hechos a sus detractores, demostrando con acciones reiteradas de valor sublime, de incontrastable constancia, que los mexicanos tienen el sentimiento íntimo de la dignidad del hombre y del amor a la patria y la conciencia de su poder para resistir cualquier agresión armada, y de que ningún usurpador puede arrebatarle sus derechos de nación libre y soberana, ni cambiar sus instituciones sin el peligro de ser severamente escarmentados.

“Cruentos son los sacrificios que ha costado tan grande adquisición y, sin embargo, de enumerarse entre ellos la sangre de millares de nuestros hermanos, no vacilaremos al afirmar que son mejores las ventajas políticas y sociales obtenidas en la guerra que originó la intervención y sostuvo el Imperio; ventajas de inmenso resultado para el porvenir de la República.

“La intervención acordada en Londres quedó deshecha en nuestras playas de Veracruz, después de reconocer los representantes de ella al Gobierno Nacional, contra quien se habían conjurado. Nada queda del Imperio, si no es la memoria de los crímenes y abyección de sus prohombres, y si un advenedizo hizo pisar el suelo en que naciera Hidalgo, llamarse señor de sus descendientes y desafiar como guerrero al pueblo mexicano, su atrevimiento ha sido severamente escarmentado. Vencido en buena lid por las armas de la República, el descendiente de Carlos Quinto tuvo que rendirse a discreción, entregando su espada a un general mexicano y que decirle respondiendo a la

interrogación que le hizo: «No soy ya Emperador», y que sucumbir en un patíbulo al peso de la ley, expiando el crimen de lesa nación.

«Ved aquí vuestros laureles, ínclitos ciudadanos que formásteis el Gobierno del período memorable de la guerra de intervención. Caudillos esforzados del Ejército Republicano, levantad esos trofeos y colocadlos al pie de la bandera nacional, para gloria de México y orgullo de vuestros hijos. Hidalgo, el primero de nuestros héroes, os besa la frente como a su hijo predilecto y coloca sobre ella un laurel de la victoria. Zaragoza, Ocampo, Lerdo, de la Fuente os conducen ante la patria para recibir el premio de la gratitud nacional, declarando a la faz del mundo que cumplísteis defendiendo la obra de regeneración y que sois sus hermanos y colaboradores. ¡Honra y prez para la República! ¡Baldón eterno para Napoleón III, usurpador de los derechos del pueblo francés!

«Gozosa está la patria con sus hijos. el pueblo se regocija considerando asegurado su porvenir. Las naciones republicanas enalancen vuestro nombre. ¿Qué nos falta? Tributar nuestro íntimo reconocimiento al Ser Supremo, que tan propicio ha sido a la causa nacional, por haber impreso en los mexicanos el sentimiento grandioso de la libertad del hombre y porque preservandoos la vida en la adversidad, nos ha permitido ver restablecida la República.

«Recibid las felicitaciones más cumplidas por vuestro regreso a esta capital. Aceptad, esclarecido C. Presidente, la ofrenda de la gratitud nacional que presentamos a nombre del Estado de Puebla y en representación de su Gobierno.»

“Concluidas las felicitaciones dio orden el Presidente para que se enarbolase sobre el Palacio el pabellón nacional y en el acto se vio flamear una bandera en que se veía el águila mexicana, con una corona despedazada entre las garras.

“Siguió a esto el desfile de la columna, antes de lo cual, el general Díaz recibió de manos del Presidente la espada de honor con que le ha obsequiado el vecindario de México.

“Después de la ceremonia de la mañana, el Presidente y sus ministros se dirigieron a la Alameda, en donde se celebró el banquete popular. El primero se mezcló con los grupos del pueblo, acercándose a muchas de las mesas a brindar por la República, en unión de los artesanos y obreros. La lluvia lo hizo retirarse al Palacio, en donde ocupó el resto de la tarde en examinar las alteraciones que ha sufrido el edificio.

“A las siete y media el Presidente y sus ministros, excepto el general Mejía, que se hallaba indispuerto por la fatiga de la mañana, se dirigieron al Palacio de Minería en donde, conforme al programa, debía tener lugar la comida. El edificio estaba alumbrado con una multitud de luces que daban mayor realce a su belleza arquitectónica. La mesa, de ciento cincuenta cubiertos, se preparó en el gran salón de actos. Fueron invitados, a más del Presidente y sus principales compañeros de emigración, los principales jefes del Ejército, los miembros de la Comisión Municipal, los jefes de las oficinas, el cónsul de los Estados Unidos, los representantes de los Estados, algunos propietarios y negociantes, los defensores de Maximiliano y muchos liberales, sin distinción de matices.

“Los brindis comenzaron a los postres y fue tal su número y se sucedieron con tal rapidez, que sería imposible darnos idea de todos. Casi todos se redujeron a ensalzar el patriotismo y constancia del Presidente y de sus colaboradores en el orden civil y militar y a enumerar las ventajas del triunfo de la República, por los elementos de paz y estabilidad que trae consigo.

“El Presidente habló dos veces: la primera insistió en la idea que ya había anunciado en la mañana, de que el mérito que pudiera haber en los sucesos que han precedido al triunfo de la República, no es suyo, sino de toda la nación y de los muchos patriotas que, con las armas en la mano, con la palabra y con la pluma, han hecho la resistencia contra la agresión extranjera, añadiendo que él no había sino cumplido con su deber y que, si en ello había algún mérito, deberían seguir contrayéndolo todos los mexicanos, cumpliendo con los deberes del patriotismo; que éstos consisten en la actualidad en acatar las leyes y abolir para siempre el hábito de la rebelión en contra de la autoridad y de influir en la política por otros medios que los que la Constitución brinda a todos los ciudadanos. Señaló a este propósito a los Estados Unidos como ejemplo digno de imitar y concluyó anunciando que la nación tendría pronto la oportunidad de elegir a su jefe y a sus representantes, recomendando que para esa elección no se preocupara el país con los méritos contraídos durante la guerra porque los hombres suelen envanecerse con la gloria y contraer en el poder un hábito pernicioso.

“Los concurrentes creyeron hallar en estas palabras el eco del famoso discurso de despedida de Washington, después de su segunda presidencia.

“El otro brindis del Presidente fue por el Estado de Chihuahua, cuyo patriotismo, según dijo, había sido el escudo del Gobierno en momentos en que no contó sino con quince soldados mal armados.

“El Ministro de Relaciones Exteriores brindó también dos veces. Dijo la primera que al emigrar de México en mayo de 1863, le ocurrió el pensamiento de que jamás hay un enemigo de quien no se pueda tomar algo de bueno y que de los franceses que ahuyentaron al Gobierno de la capital, tenían un proverbio muy sabio y oportuno: *Celui rira bien qui rira le dernier*. Que los sucesos han justificado la exactitud de este proverbio.

“El segundo brindis del Jefe del Gabinete fue un discurso que tuvo toda la importancia del programa. Procuraremos reproducirlo hasta donde alcance la fidelidad de nuestra memoria: «Estas ideas y la vehemencia con que fueron expresadas, manifiestan que la política gubernamental está tirante, como la cuerda de un arco, y que partirán de ella dardos rápidos y seguros hacia el objeto de consolidar la autoridad y las instituciones.»

“El Ministro de Justicia desentrañó también el sentido político de los sucesos que han llenado estos cuatro años, y concluyó brindando por la independencia y por la paz. Se pronunciaron varios brindis por el general en jefe del Ejército de Oriente, encomiando su modestia republicana, la inteligencia con que supo desarrollar la

disciplina y la administración militar en un ejército improvisado, el espíritu de organización en cuya virtud no sólo sacó en los Estados de oriente las cosas de la nada, sino que sacó de en medio del caos el orden y la armonía, y la abnegación que al terminar la campaña ha depuesto en aras de la patria todos sus laureles.

“La lluvia de la tarde impidió que los festejos de la noche tuvieran lucimiento; todos los globos que a millares se habían dispuesto para la iluminación, quedaron inservibles, y el jardín de la plaza y las calles no pudieron ofrecer el espectáculo verdaderamente mágico que se aguardaba. La concurrencia fue escasa porque las calles quedaron intransitables; pero esto no impidió que los gallos que comenzaron a las diez de la noche recorrieran la ciudad, poseídos de una pura alegría y de un verdadero entusiasmo.

“Así terminó el 15 de julio de 1867, día que será tan memorable como el 16 de septiembre de 1810 y el 27 de septiembre de 1821. Ojalá que este día sea el último eslabón de la cadena de nuestras revoluciones, eslabón en el que se fijen para siempre el orden, la paz y el bienestar de la República.”

La reseña antecedente fue publicada por *La República*, periódico oficial del Gobierno de Chihuahua, tomo I, número 31 de fecha 16 de agosto de 1867.

El mismo día de la reinstalación del Gobierno Nacional en el antiguo Palacio de los Virreyes, el Primer Magistrado de la nación, suscribió el siguiente manifiesto:

“Mexicanos: El Gobierno Nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la Ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar en contra de la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el Gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la patria por todo el tiempo que fuere necesario, hasta obtener el triunfo de la causa de la independencia y de las instituciones de la República.

“Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin auxilio de nadie, sin recursos, ni los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrostrando todos los sacrificios, antes de consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

“En nombre de la patria agradecida, tributo el más alto reconocimiento a los buenos mexicanos que la han defendido y a sus dignos caudillos. El triunfo de la patria, que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones, será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio de sus heroicos esfuerzos.

“Lleno de confianza en ellos procuró el Gobierno cumplir sus deberes, sin concebir jamás un solo pensamiento de que le fuera lícito menoscabar ninguno de los derechos de la nación. Ha cumplido el Gobierno el primero de sus deberes, no contrayendo compromiso alguno en el exterior, ni en el interior que pudiera perjudicar en nada la independencia y

la soberanía de la República, la integridad de su territorio o el respeto debido a la Constitución y a las leyes. Sus enemigos pretendieron establecer otro gobierno y otras leyes, sin haber podido consumar su criminal intento. Después de cuatro años vuelve el Gobierno a la Ciudad de México, con la bandera de la Constitución y con las mismas leyes, sin haber dejado de existir un solo instante dentro del territorio nacional.

“No ha querido ni debido antes el Gobierno y menos debiera en la hora del triunfo completo de la República, dejar de inspirar ningún sentimiento de pasión contra los que la han combatido. Su deber ha sido y es pesar las exigencias de la justicia con todas las consideraciones de la benignidad. La templanza de su conducta en todos los lugares donde ha residido, ha demostrado su deseo de moderar en lo posible el rigor de la justicia, conciliando la indulgencia con el estrecho deber de que se apliquen las leyes, en lo que sea indispensable para afianzar la paz y el porvenir de la nación.

“Mexicanos: Encaminemos ahora nuestros esfuerzos a obtener y a consolidar los beneficios de la paz. Bajos sus auspicios será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República. Que el pueblo y el Gobierno respeten siempre los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.

“Confiemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las calamidades de la guerra, cooperarán en lo de adelante al bienestar y prosperidad de la nación, que sólo puede conseguirse con un inviolable respeto a las leyes y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo.

“En nuestras libres instituciones, el pueblo mexicano es el árbitro de su destino. Con el único fin de sostener la causa del pueblo durante la guerra, mientras no podía elegir sus mandatarios, he debido, conforme al espíritu de la Constitución conservar el poder que me había conferido. Terminada ya la lucha, el deber es convocar desde luego al pueblo para que, sin ninguna presión de la fuerza y sin ninguna influencia ilegítima, elija con absoluta libertad a quien quiera confiar sus destinos.

“Mexicanos: Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la independencia de nuestra patria. Cooperemos todos para legarla a nuestros hijos en camino de prosperidad amando y sosteniendo nuestra independencia y nuestra libertad. México, Julio 15 de 1867. Benito Juárez.”